

del DEP, se presenta un breve resumen de estas, mismas que se encuentran a su disposición. «»

ANÁLISIS

Sobre la política exterior estadounidense en Asia Pacífico

Por Arturo Santa Cruz

A diferencia de su bien definida política hacia Europa occidental, la cual empezó a ser articulada después de la Segunda Guerra Mundial por medio de programas o alianzas, tales como el Plan Marshall o la Organización del Tratado del Atlántico Norte, Estados Unidos no ha contado con una política exterior coherente o institucionalizada para la región de Asia Pacífico en su conjunto. Esto no quiere decir que no se hayan creado instituciones de cooperación entre Estados Unidos y los países de la región, sino solamente que estos arreglos han tendido a ser específicos.

Así por ejemplo, la columna vertebral de la estrategia de seguridad estadounidense en la región ha estado constituida por un tratado bilateral, que mantiene con Japón desde 1960. En el contexto de la Guerra Fría, Japón se convirtió para Estados Unidos en un baluarte en su lucha con la otra superpotencia de la época, la hoy extinta Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. De esta manera, por medio del Tratado de Cooperación y Seguridad Mutua, el archipiélago quedaba bajo la protección del "paraguas nuclear" estadounidense.

De manera similar, Estados Unidos tiene un acuerdo militar bilateral con Corea

del Sur y con las Filipinas, aunque en este último país ya no tiene bases militares. Así, Estados Unidos mantiene cerca de 100,000 efectivos militares estacionados en la región, de los cuales están aproximadamente 37,000 en Corea del Sur y el resto en Japón. Por otra parte, en 1951 Estados Unidos estableció una alianza militar trilateral con Australia y Nueva Zelanda, conocida como ANZUS, por sus siglas en inglés. Significativamente, para Australia los lazos

militares con Estados Unidos respondían a la necesidad de contar con una especie de "seguro" contra una eventual agresión nipona, mientras que para Estados Unidos, la alianza militar significaba simplemente consolidarse como la potencia hegemónica de la región. Asimismo, es interesante notar que la ANZUS perdió su carácter tripartito a raíz de que Wellington prohibió, en 1985, la visita a sus puertos de navíos con armamentos nucleares; en

consecuencia, un buque estadounidense que podría haber tenido cargamento nuclear no pudo llevar a cabo una visita programada a un puerto neozelandés. Estados Unidos consideró entonces roto el pacto, y suspendió la cooperación militar con la isla.

Así pues, el término de la guerra fría encontró a Estados Unidos sin una política articulada hacia la región Asia Pacífico. Por

lo mismo, paradójicamente, puede decirse que el fin de la confrontación ideológica y militar entre las dos superpotencias ha tenido un efecto más atenuado en los arreglos de seguridad de la región que los que operan en el viejo continente. Lo que ha sucedido es que en Asia Pacífico, Estados Unidos ha seguido una política que simplemente intenta actualizar de forma gradual la promoción de sus intereses a la nueva realidad de la región, sin llevar a cabo cambios de la magnitud que, por ejemplo, la ampliación de la alianza atlántica han significado.

Así, en el documento "Estrategia de Seguridad Estadounidense en la Región de Asia Pacífico", emitido por el Departamento de Estado en 1995, se enfatiza la prioridad de los acuerdos bilaterales sobre los multilaterales, así como la intención del gobierno estadounidense de no reducir sus tropas en la región por debajo de los 100,000 efectivos. De acuerdo con esta estrategia, los mandatarios de Estados Unidos y Japón firmaron en 1996 una declaración conjunta sobre seguridad, por medio de la cual reafirmaron la alianza militar entre sus países.

Lo anterior no quiere decir, sin embargo, que la política exterior estadounidense en Asia Pacífico haya sufrido solamente cambios cosméticos en la última década. Por el contrario, la consolidación de la República Popular China como potencia ha afectado de manera significativa la estrategia estadounidense en la región. Muestra de esto es la política de "compromiso constructivo" con el gigante asiático iniciada en la primera administración Clinton. En el marco de esta estrategia, por ejemplo, el mandatario estadounidense reafirmó en su visita a China en 1998 el apoyo de su país al principio de una "China, dos sistemas" que mantiene Pekín con respecto a Taiwan.

Pero sin duda, y a pesar de las fricciones en la relación bilateral producidas

por el bombardeo estadounidense a la embajada china en Yugoslavia durante la reciente guerra de Kosovo, el momento culminante del "compromiso constructivo" entre China y Estados Unidos llegó con la aprobación a fines de mayo pasado por parte de los congresistas estadounidenses del tratamiento comercial "normal" al Imperio Central —tal como lo pretendía la administración Clinton—. Con esto, el acceso chino por la puerta grande a la Organización Mundial de Comercio, lo cual Pekín había estado buscando por más de una década, por fin se materializará.

Así, el reposicionamiento de China en la región y en la política mundial después de la guerra fría se ha traducido en el tácito reconocimiento por parte de Washington de que, por lo que a sus intereses respecta, Japón no es ya el actor preponderante en la región (desde el punto de vista estratégico, pues habría que recordar que la economía china representa tan sólo aproximadamente la séptima parte de la nipona). Así lo demuestra, por ejemplo, el papel de mediador que desempeñó China luego de las fricciones entre India y Pakistán, las cuales surgieron a raíz de las pruebas nucleares llevadas a cabo por estos dos países en 1998, así como la decisión de Pekín (ampliamente elogiada por la administración Clinton) de no devaluar su moneda en el contexto de la crisis financiera asiática. De manera similar, China ha sido un actor importante en las Pláticas de las Cuatro Partes (China, Estados Unidos y las dos Coreas) a fin de mantener la estabilidad en la península coreana. Más concretamente, Pekín ha dejado sentir su ascendencia sobre Pyongyang en lo referente a la suspensión del programa nuclear norcoreano —objetivo fundamental de Washington—.

Así pues, no es impensable que en el mediano plazo la política exterior estadounidense en Asia Pacífico tenga un reacomodo en el que China, no Japón, pase a ser la columna vertebral de la estrategia estadounidense hacia la región—aunque

dadas las animosidades históricas todavía no superadas entre estos países, se antoja difícil que pudieran crearse instituciones de

cooperación similares a las existentes en Occidente. «»

Un repaso histórico del sistema político de los Estados Unidos

Por José Jaime López Jiménez

La dinastía de Virginia

La férrea rivalidad política que actualmente observamos entre los partidos Demócrata y Republicano, en esta ocasión por parte del vicepresidente Albert Gore y el gobernador de Texas George Bush Jr., respectivamente, de cara a las elecciones presidenciales de este año en los Estados Unidos, no es nueva: sus orígenes se remontan a 1776, justo el año de su Independencia. Fue precisamente a partir de ese año cuando surgieron las primeras diferencias ideológicas y, con ello, una larga historia de confrontaciones que incluso llevaron al país a una cruenta guerra civil, entre quienes pugnaban por conformar un sistema federal (Unión Federal) de gobierno y quienes se inclinaban por la autonomía de los Estados.

Pasó muy poco tiempo realmente para que los federalistas lograran imponerse y promovieran una Constitución que establecía, además de un Senado y una Cámara de Representantes, una compleja forma federal de gobierno que obligaba a los Estados a ceder parte de sus derechos a fin de integrar un gobierno central lo bastante fuerte para poder llevar el control de la nación y responder a posibles agresiones externas. Esto traería como consecuencia la formación de dos partidos: uno de ellos era el Partido Federalista, cuyos simpatizantes apoyaban una Unión Federal poderosa y de filosofía unionista; el otro era el Partido Demócrata Republicano, el cual defendía los derechos de los Estados.

Fue así como en los primeros doce años posteriores a la Independencia, el Partido Federalista gobernó el país bajo los presidentes George Washington —en dos períodos de cuatro años cada uno— y John Adams —los otros cuatro años—. Con ellos el rumbo de la nación se orientó hacia una centralización creciente y una unión cada vez más fuerte. No obstante, durante los siguientes dieciséis años fue el Partido Demócrata Republicano quien tomó el control del gobierno bajo los presidentes Thomas Jefferson y James Madison, quienes fueron reelectos y gobernaron en dos períodos de cuatro años cada uno. Un dato que llamaba la atención era que, a excepción de Adams, todos eran originarios del estado de Virginia, lo cual dio lugar a que se les conociera como la Dinastía de Virginia, pero que no impidió que el naciente sistema político adquiriera un carácter más democrático¹.

En 1812, 36 años después de su independencia de Gran Bretaña, Estados Unidos libró una segunda guerra con este país. Cuatro años más tarde, en 1816, la lucha había terminado y los americanos estaban nuevamente en relativa paz, para esos años los demócratas republicanos habían adquirido una gran fuerza entre los Estados que se rehusaban a seguir cediendo más poderes al gobierno federal, aún cuando al interior de este mismo partido había comenzado a surgir una ala política que simpatizaba con un sistema federal suficientemente unido, ya que era la única forma de sacar adelante al país tras la guerra. Fueron ellos precisamente quienes